

# Estar hoy lúcido, como si estuviera para morir

Francisco Mercado Noyola



*Mentir es una prueba de fuego, y no hay quien salga bien librado. Tarde o temprano, aún la más ingeniosa mentira sale al aire. Pero en idéntica medida, mentir es un deleite. Nadie o muy pocos —digamos los pusilánimes— no disfrutan cuando mienten.*

EUSEBIO RUVALCABA, *El arte de mentir*

LA TRADICIÓN DEL AFORISMO en la literatura mexicana, cuya historiografía es aún tarea pendiente, posee notables representantes entre las figuras fundamentales de ésta. Nómina que se inicia con Francisco Sosa, Alfonso Reyes y Carlos Díaz Dufofo hijo; que continúa con Julio Torri, Octavio Paz y Gabriel Zaid, quien definió el

género lapidariamente: “No hay ensayo más breve que un aforismo”; pasa por las plumas de Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y Marco Antonio Campos; y cobra nuevos alientos con Juan Villoro y Guillermo Fadanelli. Su inicio se identifica con la publicación, en 1910, de *Breves notas tomadas en la escuela de la vida*, de Francisco Sosa. Almadía publica recientemente *El arte de mentir*, del poeta, ensayista, narrador y dramaturgo tapatío Eusebio Ruvalcaba. Libro que tomó —para el autor— sesenta y dos años de factura y tan sólo cuatro de escritura, y que propone al lector advertir las minucias de aquello que se da por sentado cada día; libro dedicado al *flâneur* moderno que intenta caminar despacio y contra corriente, viviendo su “soledad en la turba agitada”. *El arte de mentir* es una colección de ensayos aforísticos, resultado de la observación y reflexión de toda una vida, del gozo empático de existir que comparte el lector, ejercicio lúdico de la inteligencia para todo tipo de interpretación.

Han pasado apenas doce años de *Heridas sin sutura*, libro de aforismos en donde Ruvalcaba se descubre como visceral poeta sufí, una especie de Omar Khayam gozoso que con el añejamiento se torna intelectual maduro, cuyo acervo de conocimientos vitales y estéticos se condensa en las artes mayores de la melomanía y la simulación, alas para el Ícaro invencible del espíritu y magnífica máscara de Tartufo para el concupiscente. Remembranzas del padre y su violín, como instrumentos de la belleza divina, así como postulados —acaso refutables— pero apuntalados por el saber empírico de un gran esteta, encuentran cabida en este libro. Uno de los pilares de este *iter criminis vitae* lo constituyen diversas figuras femeninas; presidiendo, la madre, voz primigenia, canción de cuna, soledad y entereza. La amante celosa es fascinación ante Leviatán de ojos verdes que trasciende y transgrede la cordura femenina; en *El arte de mentir* la desconfianza de ésta es metáfora de las fases de la luna; el aroma enervante de la hierba nocturna es trastocado por los miasmas del desagüe ciudadano, transitando de la placentera fatuidad viril al fardo que acentúa la corva en la espina del cónyuge añoso. “El Diablo tiene voz de mujer”, nos dice Ruvalcaba, con agujijones espontáneos de belleza, y le atribuye “algo de caricia y algo de maldición”. La voz de la mujer amada al hacer el amor se erige en el máximo goce, en paraíso masculino que conduce a la paz del corazón, y que en el lecho marítimo obraría el milagro de Moisés. Es lenguaje de la naturaleza, por tanto, de la divinidad.

*El arte de mentir* es el legado intelectual y estético de un escritor maduro, en el que es figura señera Gustave Flaubert, quien aconsejaba a sus epígonos pintar cuanto quisieren el vino, el amor, las mujeres, la gloria bélica, con la sola condición de no ser bebedores, ni amantes, ni maridos, ni soldados; que el que estaba metido en la vida no podía verla bien; sufría o gozaba más de la cuenta, que el artista era un monstruo, algo que se salía de la naturaleza. Ruvalcaba, por su parte, subraya la importancia para el escritor de carecer de propósitos, de cometidos, de ambiciones. No debe moverlo el deseo de conmover, entusiasmar o producir belleza. “No debe ser

presa de ningún deseo...” Considera, con el poeta griego Constantino Kavafis, que lo importante es la necesidad, el valor y la alegría de emprender la búsqueda de Ítaca. Reafirma, con el Dostoievski de *Humillados y ofendidos* y de *Crimen y castigo*, la afrenta insoluble de la pobreza y la inicua crueldad humana, manifestada primigeniamente sobre los brutos. Celebra la prodigiosa frivolidad de Wilde y el filosofar como preparación para la muerte, de Montaigne. Entreteje naderías festivas, al contrario del Borges de “Remordimiento”. “No es nunca nada y no puede querer ser nada” con el Pessoa de “Tabaquería”. Antoine de Saint Exupéry le insufla, acaso, su certeza de la invisibilidad de los ojos; y las catarsis deambulatorias del Lezama Lima de *Paradiso* son trocadas en su texto por las del lavado de trastes. Bob Dylan susurra en su oído: “*You’ve gotta serve somebody...*” como parte ineludible de la condición humana, y quizá en la melancolía, como otra forma de honrar la vida, estribe su reivindicación del ascetismo. Para Eusebio, la escritura es un acto egocéntrico y autocomplaciente, no obstante autocrítico y riguroso. Percibe la gentileza como uno de los estados supremos del arte, quizá evocando el carácter de la persona egregia a quien dedica su libro. La música se erige en *El arte de mentir* como arte mayor a las letras, inherente a los espíritus sibaritas, alejados de todo pragmatismo mezquino, así como la presencia de la mujer como soberbia detentora de lo bello.

La lectura de *El arte de mentir* construye ciudades y puentes que habitan los seres humanos en el tiempo y el espacio. Combate la intolerancia heredada de padres a hijos como *impasse* de la vida y su libre devenir, así como la obsesión académica que se equipara a institucionalizar la naturaleza y su ciencia mística. Artista cultor minucioso del *yo*, Eusebio percibe la palabra como instrumento físico de la voluntad, fuego purificador y renovador, entidad viva y transformadora más eficaz que la mano, que asigna la belleza suprema a la imperfección, al valor altamente humano de la falibilidad.



Eusebio Ruvalcaba  
*El arte de mentir*  
 México, Almadía, 2014, 360 pp.

Para el ensayista, la culpa y el perdón elevan el espíritu aún más que una continua e irreflexiva rectitud en el obrar, haciéndonos la humildad partícipes de la inteligencia, el trabajo y la verdad, en contra de la estulticia, holgazanería y soberbia belicosa del “triumfador” posmoderno. Ruvalcaba pone de relieve el aburrimiento solemne de los grandes escritores y la ligereza trivial de los grandes narradores. Exalta el vínculo inquebrantable de la amistad masculina, cimentado en la complicidad y el autoescarnio, provoca el antihéroe a la indulgencia y a la libre reflexión sobre la naturaleza humana; se regodea en los defectos del *ser* y se evade del *deber ser* como de una prisión. La caricia de su lectura es necesidad perentoria de sentir el roce del amor humano, el silencio, tanto como el vacío, formando parte fundamental del espacio sonoro y de la materia. *El arte de mentir* es sin duda un compendio de sabiduría vital y estética cuyo receptor quisiera ir más allá de su lectura. El lector quisiera ser un deudo al pie del postrer lecho, quien recibe de su *paterfamilias* las consejas trascendentales, que irán en él como legado hasta el fin de sus días. 